

¿TAMBIÉN ERES DIFERENTE?

Isidora Mena
Valoras UC

Todos íntimamente tenemos una sensación nítida y fuerte de ser diferentes al resto. A veces molesta o atemoriza, se disimula o disfraza. No vaya a ser que nos descubran, que vean lo más honesto de nosotros mismos y se burlen de nuestras peculiaridades.

"Todo se resolvería si yo fuera como ellas", me explicaba una adolescente. "¿En qué te diferencias?", le pregunté. "No se nota tanto, creo, pero soy como de otro planeta: pienso distinto, a veces no entiendo las tallas, veo el mundo de otra manera, no reacciono igual, además... tengo la piel más seca".

La psicología del desarrollo advierte que un signo de madurez es reconocer la diferencia como inevitable y comenzar a empatizar con ella.

Lo paradójico es que nos sea tan difícil aceptar la diferencia. Sin evolucionar, catalogamos de anormal lo que no calza con lo que para nosotros es esperable, adecuado y conocido. Marginamos, nos burlamos, despreciamos, discriminamos a los diferentes.

Hasta los colegios niegan la diferencia y se estructuran como si todos aprendieran igual, y tuvieran las mismas motivaciones y necesidades. Las familias se extrañan del comportamiento desigual de sus hijos, intentan igualarlos, comparan lo incomparable. Las parejas pelean intolerantes de sus diferencias.

Contextos que niegan la diferencia inhiben la creatividad y el desarrollo, porque las personas no se sienten confiadas de ser ellas mismas. Propician la deshonestidad y llevan a la depresión. Algo propio de las culturas autoritarias y clasistas, en las que se pretende una sola verdad correcta a la que todos deben tender, y en que las personas buscan parecer iguales para no ser discriminadas.

Así pierden de sí mismos; la pareja, la familia, el colegio y el país pierden a sus honestos y peculiares conciudadanos.